

AUXILIO

SEMANARIO DE LA SOLIDARIDAD

AUXILIO

AÑO II.—NÚM. 49

Madrid, 3 de abril de 1937

Precio: 15 cts.

Millares y millares de españoles han sido asesinados por el Ejército de Mussolini en tierra de España.

¡Ayudemos a los familiares de los caídos!

España del español

Tierras de España la grande,
que en tiempo lejano fueron
dueñas de paz y labranza,
hoy ven lo que nunca vieron:
el campo de ambas Castillas
bajo pasos extranjeros,
entre fusiles vendidos
y hombres de tristes provechos.

Los pastos arden de rabia,
el árbol quiebra sus remos,
y la tierra, removida
a fuerza de tanto fuego,
se alzan a una sola voz,
saltan en un movimiento
furioso contra el que intenta
señalarnos con su hierro,
someternos a su yugo
y a su paz de cementerios.

Mentiras sobre mentiras,
amenazas y degüellos,
han puesto sobre la patria
del Cid y los guerrilleros
divisiones de asesinos,
hombres al mando de un dueño
que en vano quiere adueñarse
de quien nunca tuvo el cuello
propio para ser vencido
con látigos y con frenos.

Camisas negras de Italia,
gentes con el sentimiento
ennegrecido de odio
y cubierto de veneno,
espantosamente armados,
desmayan en nuestro suelo
y van huyendo a la muerte,
tan ciegamente corriendo
que la muerte los encuentra
y se multiplica en ellos.

Entre los trigos quemados,
cruzan los hijos del pueblo
en busca del invasor
para clavarle los huesos
y cantarle la victoria
sobre su pobre esqueleto.
España pone sus hombres,
enardecidos y fieros,
sobre la tierra y la sangre,
y van los hombres dispuestos
a dejarse el corazón
en el pico de los cerros
o volver con la victoria
resplandeciendo en el pecho.

De los hospitales quedan
sus camas y su silencio
y los heridos se van
pidiendo su antiguo puesto,
reclamando su fusil
hasta perder el aliento
dando por la independencia
la sangre que aún no le dieron,
las canciones de su alma
y el ímpetu de sus dedos.

¡Nuestra España está en peligro!
No son quejas ni lamentos
lo que su garganta grita:
es ardiente llamamiento
al corazón de sus hijos
y a la raíz de su pueblo.

¡No pasarán por Madrid!
Madrid será siempre nuestro
como lo fué el 2 de Mayo
y lo canta el romancero,
como el 7 de Noviembre,
cuando el enemigo, viendo
tantos ríos de heroísmo
victoriosamente ciegos,
huyó dejando a su paso
sucia la tierra de miedo.

El terror pierde sus hombres,
la guerra pierde su tiempo,
y, quien espera que España
vaya su fuerza perdiendo,
no sabe que en los combates
crecen, como bajo el riego,
sus huertas de valentía
y sus haces de guerreros.

¡España del español!
Ni el sol ni los aires nuestros
admiten el turbio eclipse
de la sangre puesta a sueldo.
El viento de las montañas
cruza los desfiladeros
y, brincando sobre el valle,
le grita a los parapetos:
¡España del español
y nunca del extranjero!



el camino de Madrid...

Italia bajo el fascismo

Bergonzoli ha sido sustituido por el mismo Franco. El camino de Madrid no es, pues, el camino de Addis Abeba. Los invasores, que se creían en territorio etíope, han sido llevados a Zaragoza para reorganizarse, mientras Mussolini prepara nuevos envíos de tropas y material entre provocaciones cada vez más continuas a los países democráticos.

Italia creía fácil el camino de España. Como lo tuvo en Abisinia, aunque para ello también bombardeara hospitales, poblaciones civiles indefensas y entrase en los pueblos saqueando y asesinando.

Las aspiraciones del «Duce» en nuestra tierra han encontrado un fracaso que ellos no esperaban. Este fracaso repercute también en la Italia de Mussolini, en la Italia del «Confinio», de los Tribunales especiales guiados por la crueldad fascista, del cementerio de Etiopía...

Nunca, en el pasado, la situación financiera y económica de Italia ha sido tan difícil. En los últimos dos años, la dictadura fascista ha gastado los ocho mil millones de reserva de oro del país y lo ha dejado en dos mil millones. El dinero en papel en curso ha subido de doce mil millones de liras a veinticinco mil millones. El nivel de precios, visto en una estadística oficial, con datos que mejoran la realidad, ha subido en los artículos alimenticios en un 40-60 por 100, y en los de amplia necesidad, en un 60-70 por ciento (en el periódico «Il Sole» del 16 de enero de 1937). Sigue la subida de precios, originando con esto el empobrecimiento de las masas trabajadoras.

Teniendo que pagar dos liras por un kilo de pan, un obrero calificado gana un promedio menor de 300 liras al mes y tiene que gastar de ellas lo menos 150 liras para pagar la casa y primeras necesidades. La familia de un obrero, no sólo no tiene la posibilidad de comprar, aunque sea de vez en cuando, grasas y carne, sino que tiene incluso dificultades para asegurarse de uno a dos kilos de pan diarios.

No menos desesperada es la situación de los empleados oficiales y trabajadores intelectuales. El 13 de febrero, el periódico oficial «Giornale d'Italia» comunicó que en los próximos días se iba a publicar un decreto del Consejo de Ministros, regulando el sueldo de un número de categorías de empleados de los centros oficiales. Según los informes del periódico, los empleados pertenecientes a las bajas categorías van a cobrar de 300-330 liras al mes; los que posean un diploma por haber terminado la enseñanza, cobran de 360-450 liras al mes, y personas con carrera, de 725-850 liras.

La estadística oficial italiana no se atreve a comunicar ni datos mejorados de la situación de los campesinos. En el pueblo aumenta cada vez más el hambre y la miseria. La mala cosecha de este año hace imprescindible la importación de cerca de tres millones de quintales de grano para abastecimiento mínimo de la población. El enorme déficit del balance italiano de comercio, la falta de reservas de divisas oro, dificultan enormemente la compra en el extranjero de productos alimenticios necesarios. Los campesinos que han sufrido las consecuencias de la mala cosecha, no tienen la posibilidad de contar con la mínima ayuda del Gobierno para sembrar sus campos. Han fracasado los intentos del Gobierno para recaudar reservas de semilla.

Siguiendo el ejemplo alemán, Mussolini tiende por todos los medios a aumentar el armamento a costa de productos que desaparecen en el mercado: mantequilla, algunas clases de carne y algunas verduras.

Lo mismo que Hitler, Mussolini ve

la solución de su problema en una guerra. La aventura abisinia, que ha tragado y está tragando las vidas de cientos de miles de hijos de Italia, no sólo no ha traído al sufrido país una ayuda pasajera, sino que ha empeorado más la situación de su economía. Mussolini saca el último jugo del pueblo para mantener el ejército que ocupe Abisinia y para hacer carreteras y edificios.

Mussolini se está jugando la última carta en España, fusilando en Málaga, que fué cogida por las columnas motorizadas italianas, miles de los mejores representantes del pueblo español, y haciendo cada vez más propaganda antisoviética en la Prensa italiana. Los periódicos tienen la orden de copiar delirios ridículos de Goering en Berlín. Haciendo de Italia una adición a la Alemania fascista, dejando sistemáticamente a Hitler una tras otra las posiciones italianas en la cuenca del Danubio y en los Balcanes, Mussolini se conoce que cuenta con recibir las sobras de la mesa de Hitler, en caso de que triunfasen en la aventura española.

Los fascistas italianos han copiado íntegramente la táctica de Hitler, con la esperanza de debilitar la creciente tirantez en el interior del país por medio de una propaganda cínica. Es difícil que esta propaganda haga olvidar a un pueblo de 40 millones de almas que tienen el estómago vacío. Tampoco le ayudará al dictador fascista el aumento del número de policías, que, como en Roma, por cada habitante hay tres agentes policíacos.

Así es la situación del pueblo italiano bajo la dictadura fascista.

(De «Pravda».)

...no es el de Addis-Abeba

Los saqueos de los italianos en España

No sólo la presencia en nuestro territorio, según se ha demostrado sobradamente, de cuatro divisiones italianas, prueba el carácter internacional de nuestra guerra y el espíritu de conquista con que los fascistas de Mussolini se allegan a nuestro país. Además de la presencia y el comportamiento bélico, está otro tipo de comportamiento que viene a demostrar de nuevo, y ya sin ningún género de dudas, hasta qué punto los italianos se mueven en el territorio rebelde como por un país conquistado. Nos referimos a sus repetidos saqueos en catedrales y casas particulares. Para los italianos ninguna suerte de respeto los ligará a los traidores que los facilitaron la entrada. «El traidor no ha menester, siendo la traición pasada». Y con esta norma en la mano, que los fascistas españoles debieran aprender de memoria, los italianos entran en nuestros templos y en nuestras casas particulares, y recogen de ellos cuanto encuentran de positivo valor.

A muchos prisioneros italianos se les ha encontrado en la mochila joyas y objetos de arte, robados en las iglesias y palacios españoles. Es un ver-

dadero despojo, una *razzia* a la manera de las que venían haciendo los moros.

«A uno de los prisioneros italianos, capitán por cierto—ha dicho últimamente el glorioso general Miaja—, se le han ocupado en el macuto documentos interesantísimos, extraídos de la catedral y otros edificios de Sigüenza. Uno de ellos es un escrito del papa Clemente VII, del año 1215, en el que se confirma la Bula del Papa para la puesta en ejecución de la cesión de unos campos a condición de que sus productos fueran directamente al pueblo de Sigüenza. Otro es una donación del obispo de Sigüenza en el año 1218 a los Sres. de Molina para usufructuar las propiedades que poseía la Srta. María de la Hoz.»

Por de pronto, consideremos con pena lo que vamos a encontrar en nuestro país cuando reconquistemos el campo rebelde: aparte del destrozo que lleva consigo la guerra, el espectáculo de los templos saqueados, los palacios despojados de sus tesoros, los manuscritos, los libros y las joyas desaparecidos... ¡Todo ello arrebatado por los moros primero, y los italia-

nos, después, que entraron en nuestra casa traídos por españoles!... Pero la actitud de los italianos en este punto muestra por otra parte el carácter de nuestra guerra. Lo que en un moro no delata otra cosa que el carácter vandálico de los que le trajeron a España, en un italiano presenta muy distinto cariz. Si las divisiones italianas, al llegar a nuestro país, se pretexta de ayudar a Franco, se creen con derecho a saquear nuestros templos y nuestros palacios, quiero decir claramente que vienen en plan de arrebatarnos nuestra casa y cuanto hay dentro de ella. No cabe duda. Las divisiones italianas vienen como conquistadoras; por eso saquean. Este es el significado de los robos cometidos en el territorio español por los oficiales de Mussolini. Los traidores quedan en segundo término y olvidados—la traición es pasada—y las tropas conquistadoras—o que pretenden serlo—muestran con sus actos a los rebeldes el verdadero carácter de la invasión.

VISADO POR LA CENSURA





RECONQUISTA DE ESPAÑA

INVASIÓN

La noticia se extendió como un eco por todos los frentes de España. No era una simple mezcla de italianos, moros, legionarios, falangistas, requetés y toda la gama de tipos que encierra el ejército de Franco. Era el ataque, en tierras de la Alcarria, de divisiones enteras de italianos, con sus baterías, con sus tanques, con sus ametralladoras, con sus soldados, recién desembarcados en Cádiz.

En el primer ataque los italianos habían reconquistado varios kilómetros. Kilómetros arrancados para la Italia de Mussolini.

Y los hombres más bravos y las brigadas más heroicas salieron al frente de Guadalajara a defender a la España invadida. Lister, "el Campesino", Mera, Pando... nuestros más queridos jefes militares y nuestros más duros combatientes, comenzaron a disparar sus armas contra el ejército invasor.

Aún no había trincheras. El enemigo avanzaba por la ruta de la carretera de Aragón. Este frente tiene esa particularidad. Madrid ha comenzado a defenderse en Guadalajara kilómetro a kilómetro, como se defiende también casa a casa en Usera, Carabanchel o la Ciudad Universitaria; como se defiende en el cauce del Jarama.

DOS DÍAS BAJO LA NIEVE Y LA LLUVIA

Durante dos días las baterías enemigas de Trijueque no cesaron de hacer fuego sobre los españoles, que esperaban la orden de atacar. Las ametralladoras cantaron sus himnos de guerra en el lenguaje de la conquista.

Los combatientes españoles esperaron. El campo era llano, sin accidentes apenas en el terreno. El frío, intenso. El primer día la nieve comenzó a cubrir los cuerpos de los soldados tendidos en la tierra; después, la lluvia se encargó de convertir en un barrizal inmenso aquellos campos hollados por millares de botas y cientos de ruedas de pesados camiones.

RESERVAS Y ROPA PARA LOS SOLDADOS

Los movimientos eran lentos, y la espera y el frío endurecían las caras de los soldados. El continuo llover y el traslado repentino a aquel frente, desde otros, hacía sentir a nuestras fuerzas la necesidad de las reservas y de ropas.

Al cabo de estos dos días de espera se recibió la orden de atacar Trijueque. El enemigo se había atrinchado; nosotros aguantábamos sus embestidas en el campo raso, sin defensas en el terreno.

Al principio los italianos resistieron fuertemente. Entre sus filas no cundía todavía la desmoralización que se observó más tarde. Y palmo a palmo, calle a calle y casa a casa, Trijueque fué para España. Ante nuestro ataque decidido, los soldados engañados terminaron por abandonar el armamento de Mussolini. Corrieron fuera del pueblo, a través del campo, y se refugiaron en las cuevas de las casas, donde no se oía tanto el estampido de los fusiles y el tableteo de las ametralladoras.

Nuestros milicianos durmieron aquella noche en Trijueque; otros lo hicieron cuatro kilómetros más allá, donde la retirada del enemigo había lle-



vado nuestras avanzadillas. El pueblito, como todos los de aquellos contornos, es un conjunto de casas desquebrajadas, que los siglos y la miseria han ido amontonando de cualquier forma.

Cuando la batalla había terminado y en las estrechas calles de Trijueque se recogían las municiones, las bombas de mano y los fusiles extranjeros, aún seguían surgiendo de las cuevas italianos y más italianos. Se entregaban hambrientos y medio asfixiados...

EL AVANCE HACIA BRIHUEGA

Por el otro sector del mismo frente, Brihuega se oculta entre cerros secos y pelados. Para conquistar el pueblo había que tomar, paso a paso, aquellas posiciones estratégicas. A las tres de la tarde comenzaron a retumbar en el espacio las descargas de las baterías. Los tanques entraron en acción; la infantería—fusil y bomba—iniciaba también el avance. Y allá en lo alto, la aviación secundaba el ataque. Duran-

te toda la tarde en aquellos cerros se desarrollaron escenas formidables.

Nuestra gente avanzaba y avanzaba. Ni la barrera de fuego del enemigo paraba por un momento aquel avance.

Cuando nos hallábamos delante de los primeros nidos de ametralladoras éstas bajaron su griterío de guerra. Los soldados italianos nos veían tan cerca que sólo pensaban en la retirada; los que no podían hacerla abandonaban las máquinas. Y los que continuaban junto a ellas aguantaban el avance de los soldados del pueblo, que saltaban por encima de los nidos con la bayoneta calada.

Cientos y cientos de explosiones rasgaban el aire; desmenuzaban los cascotes y las piedras que guarnecían las ametralladoras italianas; taponaban de metralla, tierra y grandes pedruscos rotos las troneras por donde apuntaban las ametralladoras del "Duce". Después... en aquellos nidos, que se contaban por decenas, la lucha terminaba pronto. La bayoneta del pueblo español zigzagueaba en el aire, y en los últimos reductos sólo se oía, entre el estruendo inmenso del formidable combate, el jadeo de una lucha cuerpo a cuerpo. En aquellos nidos de ametralladoras—frente a frente soldados españoles e italianos—se ventilaba la suerte de España y de la democracia mundial.

El sol, reclinado entre lomas rojizas, asistía a la última parte del combate. Sobre el montón de ruinas del que fué parapeto italiano aparecía siempre la cabeza sudorosa del soldado español, con su casco de acero echado un poco para atrás, para mejor sentir el aire del atardecer. La bayoneta, ensangrentada, y en el suelo, junto a las cajas de municiones y cargadores vacíos, los cuerpos inermes de dos o tres italianos, que vinieron engañados a España y se ofrecieron a Mussolini por hambre.

UN PUEBLO ABANDONADO POR LOS VIVOS

Cuando tomamos las lomas que dominan al pueblo, los oficiales italianos sintieron un miedo tan enorme que abandonaron todo. Los camiones fueron puestos en marcha inmediatamente, y aquellos que se resistieron al deseo de los conductores quedaron abandonados en las calles del pueblo, como una prueba más de la invasión extranjera. Al entrar nosotros en Brihuega no había ya nadie. Era un pueblo abandonado por los vivos y habitado por los muertos. En las afueras que miran a las lomas primeramente conquistadas se hacían cadáveres de italianos. Primero formaban grandes montones, destrozados por la metralla, con miembros colgados de los cuerpos muertos o malheridos... Los ca-

dáveres iban espaciándose según nos adentrábamos en las calles de Brihuega, viéndose de trecho en trecho extranjeros tumbados boca arriba y boca abajo.

Los vivos estaban escondidos en las cuevas. Pero eran españoles, ocultos allí durante nueve días. Cuando los fascistas conquistaron el pueblo, sus habitantes se escondieron en las cuevas, y no salieron de ellas hasta que Brihuega fué nuevamente recuperada.

NIDOS DE AMETRALLADORAS, EMPLAZAMIENTO DE BATERÍAS, MILLARES Y MILLARES DE BALINES...

Las calles de Brihuega parecían un cementerio de armamento que hubiera removido un terremoto. Los nidos de ametralladoras en las torres de las iglesias estaban aún calientes cuando nosotros entramos. Estos no fué preciso conquistarlos a golpe de bayoneta. Los abandonaron al tomar las lomas, y sólo algunos hicieron resistencia. En el suelo había ropas, latas vacías de conserva y cartas íntimas, que en la huida no pudieron ser recogidas. Se veía fácilmente que estaban atrinchados allí en la creencia de continuar durante mucho tiempo. Y hasta que no conquistamos las lomas de enfrente no se convencieron de que estaban perdidos. Entonces la única solución fué la huida; huida vergonzosa, huida desorganizada, con el solo objetivo de alejarse lo antes posible del enemigo.

A las tres de la tarde iniciamos el ataque, y a las siete el pueblo era ya nuestro.

Baterías enteras fueron encontradas por nuestros milicianos en su victorioso avance. Al lado de los cañones,

montones de granadas de obús intactas. Y por el suelo, entre el barrizal, miles y miles de balas de fusil; en las casas, saqueadas, balas y más balas de fusil; en la carretera, balas de fusil; todo el pueblo inundado de balas de fusil, como si hubieran llovido.

Y CONTINUÓ EL AVANCE. ESPAÑA ADENTRO

Y continuó el avance sobre los campos llenos de cadáveres, de camiones, de ametralladoras, de fusiles, de cañones, de millares y millares de municiones... Fueron arrancadas a Bergonzoli las otras alturas del pueblo, y desde arriba se veía, allá en lo hondo, el pueblo libertado. Nuestro avance continuó hasta que resistieron las fuerzas de los combatientes. Y otra vez se sintió la necesidad de las reservas, que hubieran podido fortalecer y continuar el avance en aquel campo de batalla, que era completamente nuestro.

Detrás de nosotros han sido enterados muchos soldados italianos. Y junto a nosotros, las ametralladoras y las baterías que trajeron a España están ya mirando allá enfrente con sus ojos y sus bocazas negras y frías. Franco ha sentido miedo ante esas miradas, y ha ordenado la retirada de los italianos a Zaragoza, para que se reorganicen en tanto Mussolini prepara nuevas expediciones.

Mientras llega esa ayuda, los requetés, la Guardia civil y los falangistas han ocupado las trincheras que abandonaron los italianos. Las han ocupado para defendérselas a Mussolini, como lacayos que son de él. Y ahora la guerra en el frente de Guadalajara vive un paréntesis de relativa calma...

MANUEL ORETAG



Como en octubre del 34, el S. R. I. ayuda ahora a los antifascistas presos y perseguidos en la España de Mussolini, de Franco y de Hitler.

BRIHUEGA

El pueblo español dominado nueve días por Mussolini

LA RUTA

El día es frío. Nubes blancas navegan silenciosas por un cielo de un azul limpio de primavera próxima. Vamos con el coche por la carretera de Torija a Brihuega. Ante nosotros desfilan, girando en abanico, los surcos húmedos que en la tierra rojiza han abierto, están abriendo, los labriegos castellanos con sus viejos arados. Paramos ante un caserón que, al borde del camino, alberga a las camaradas de la Internacional. La meseta se extiende, húmeda por las recientes lluvias y escasa de vegetación—sólo matas y chaparros—, hasta el horizonte lejano. Al lado del caserón, grupos de milicianos nos conducen ante unos cañones que los conquistadores de Abisinia abandonaron en su huida.

Reanudamos la marcha. A un lado y otro de la carretera, en las cunetas, cadáveres de soldados italianos, que aún no ha habido tiempo de sepultar, yacen inmóviles boca arriba, boca abajo. Las ambiciones imperiales de Mussolini empujaron a estos hombres a morir lejos de sus tierras. Nos cruzamos continuamente con camiones y camionetas cogidos a los mandatarios del «Duce». Los camaradas que los conducen nos saludan con el puño en alto y se sonríen significativamente señalando con un guiño al vehículo.

EL PUEBLO

Llegamos a Brihuega. El coche desciende en zig-zag. Abajo está el pueblo; más abajo aún, en el fondo del valle, el río Tajuña hace brillar sus espejos. Las calles de Brihuega son surcadas continuamente por milicianos que van de un lado a otro. Mujeres casi no se ven. Sólo de vez en cuando alguna vieja enlutada, con un pañuelo a la cabeza. Preguntamos: —¿Es que aquí no hay mujeres? —Sí las hay; lo que pasa es que casi todas están en sus casas. Ha pasado por aquí el fascismo, dejando caer su amarga semilla, y hay dolor en muchos hogares.

UN OBJETIVO

Como en todos los pueblos, la calle principal es la carretera. Las casas son de dos a tres pisos con balcones. El pueblo ha sufrido poco. Sólo un bombardeo cuando los fascistas entraron en él. Enfrente de nosotros, un edificio de dos pabellones, de traza moderna, sin techo, con los muros heridos. Nuestros pies tropiezan casualmente con un trozo de azulejo blanco con letras en azul. Sentimos curiosidad y buscamos los demás trozos. Al fin lo completamos. Un azulejo blanco pisoteado por alguna bota airada. Una inscripción en azul: Escuela pública de niñas...

LA IGLESIA-CUARTEL

Cerca de la que fué escuela está un convento, que los fascistas italianos utilizaron como cuartel. Es un edificio viejo de tres pisos, con las paredes llenas de desconchaduras. Penetramos en él. La nave principal era la iglesia. Los mandatarios de Mussolini la habilitaron para almacén. Todavía pueden verse al pie del altar los sacos de sal, recostados unos sobre otros como si fuesen hombres dormidos. Nos perdemos en un laberinto de pasillos y habitaciones. El suelo está lleno de papeles, latas y ropas en desuso. El desorden de todos los cuartos nos habla de la huida apresurada, elocada. Todos los armarios y baúles han sido desvalijados por las tropas italianas, y por el suelo se ven

en revuelto desorden estandartes con bordados dorados y ropas destinadas al culto. Por los patios de la iglesia contemplamos continuamente, tirados en el suelo, peines de fusil y ametralladora intactos y bombas de mano marca Breda, envueltas con un prospecto, en italiano, para su uso. En su huida debieron pensar que llevándose todo aquello restaban ligereza a sus piernas.

HABLAN LAS MUJERES

Vamos por una callejuela en descenso. Tres mujeres, desde un portal, nos miran con la característica curiosidad de todas las mujeres de los pueblos.

—¿Estabais aquí cuando entraron los fascistas? —Sí, aquí estaban. Han convivido con ellos durante nueve días. La vida en Brihuega, como en todos los pueblos de Castilla, era monótona. Todo estaba perfectamente regulado por la rutina. Ahora, en unos días han pasado cosas inesperadas y terribles que han alterado el ritmo de vida cotidiano. Las mujeres acusan el desconcierto. Nadie sabe qué hacer. Sólo hablar y hablar.

—¿Pase, pase usted! —Entramos en una habitación oscura, y nuestros ojos, al pasar bruscamente de la luz a la penumbra, nada perciben en los primeros momentos. Es la oscuridad. Las vecinas, sentadas en sillitas bajas de enea, se han reunido allí para comunicarse sus dolores, sus penas. Son doce mujeres vestidas de oscuro, con sendos pañuelos negros a la cabeza. Nuestra presencia ha cortado la charla, y en el silencio de la oscura estancia revolotean las últimas confidencias dolorosas. Unos gritos se escuchan por el zaguán, y en el marco luminoso de la entrada la oscuridad se recorta la silueta de una mujer envuelta en un mantón.

—¿Feminal! —Las vecinas se levantan y van a su encuentro. Ella cuenta sus desgracias. Huyó del pueblo antes de que el primer pie extranjero pisase sus calles. Estuvo escondida en las cuevas, cerca del río. Allí vivió días de angustia y de temar. Ella pensaba en su chico, que estaba en los Milicias, y en su marido, que había marchado diez días antes a Guadalajara a arreglar unas cosas. El hambre le hizo salir de su escondite y dirigió sus pasos a la huerta del tío «Bartas». Allí le dieron de comer y el viejo «Bartas» le dijo que se quedase en su casa, que nada le pasaría. Ahora vuelve al pueblo sin saber nada de su marido, y se encuentra con que habían saqueado su casa. ¿Qué hacer? La pobre mujer tapándose la cara con ambas

manos. Pero su historia dolorosa no es un hecho aislado. Todas aquellas mujeres saben ya lo que es el fascismo. La entrada de Fermina ha fundido ya el hielo de la presencia de un extraño, y todas las pobres mujeres me gritan sus desgracias sin culpa. A una, las bombas extranjeras le han echado abajo la casa, que ya es sólo un montón de escombros; a otra le han saqueado el corral, llevándose todas las gallinas; a María Hinojosa le han quitado un hijo para alistarlo en el ejército de Franco... Todas aquellas mujeres han visto sus vidas y sus hogares pisoteados bárbaramente por el ejército invasor.

SOLO FALTA...

Descendiendo por el valle se sale a las afueras del pueblo. Desde un arco, sobre un camino de herradura, se ven las huertas verdes como escalones gigantes que descienden hasta la ribera izquierda del río. En aquellas huertas habían instalado los italianos sus ametralladoras. Nos acercamos a un puesto. Allí, sobre el suelo húmedo, están las cajas de municiones intactas; cerca, dos capotes impermeables y el depósito para la refrigeración de la ametralladora.

—Nada falta—dice alguien—. Sólo lo imprescindible. La ametralladora, que se transportó a la Comandancia, y los italianos que la servían, que... huyeron.

Todos nos echamos a reír.

LO QUE SE LE OLVIDO A UN ITALIANO

A la entrada del pueblo, unos campesinos quieren regalarnos un brillante trombón.

—Nos lo hemos encontrado aquí. ¿Queréis llevarlo para Madrid? Es de los italianos.

Los campesinos están alegres. Refieren que al día siguiente de tomar los fascistas Brihuega se organizó un brillante y espectacular desfile militar, y la poca gente que quedaba en el pueblo tuvo que salir de sus casas, por miedo a las represalias, para participar en el espectáculo. Las calles de Brihuega se llenaron con las notas de «La Giovinezza», y por los ojos cargados de desvelo y de dolor de las mujeres y viejos del pueblo desfilan on las huestes de Mussolini en perfecta formación. Al frente, una brillante banda hacía lucir al sol el reflejo dorado de sus instrumentos.

—¡Viva Mussolini! ¡Viva el Duce! ¡Arriba España!

Aquella noche, los vecinos que quedaron en Brihuega la pasaron en vela, con los corazones latiendo dispersos, oyendo las pisadas de las paíru-

llas que iban por las calles de casa en casa.

Por eso, porque todo ha acabado, porque ya se fueron los italianos, estos campesinos están contentos, y uno de ellos nos dice, riendo y guiñando los ojos:

—Llevaros el trombón a Madrid, y decid que es de un italiano que ese le olvidó.

ILOS AVIONES!

En la plaza nos encontramos con un periodista inglés. Es alto, desgarrado y rubio. En los ojos, esa expresión de ausencia, tan corriente en los ingleses. En la boca, el complemento imprescindible de todo inglés clásico: la pipa. Chapurrea algo el español, y hablamos. De súbito, gritos agudos de mujer, y un miliciano que desemboca por una callejuela gritando:

—¡Los aviones, que vienen los aviones!

Todo el mundo echa a correr. Nosotros nos metemos por una callejuela empinada que hay a la derecha de la iglesia, nos tiramos al suelo, pegados al muro, cuando el zumbido de los Junkers hace vibrar el aire con violencia. Entonces, los pájaros del crimen dejan caer su carga de muerte y destrucción. Por unos segundos la tierra tiembla, herida hasta la raíz, con unos estremecimientos que hacen cuartearse los muros de los edificios; gritan las cristalerías de las casas, y las chimeneas, sacos de furor, se estrellan contra cualquier obstáculo. Cuando aquello cesa, nos levantamos presurosos. Ha pasado el peligro. Pero alguien grita que los aviones vuelven. El inglés y yo descendemos hacia el río, buscando las afueras del pueblo. En efecto, lejanos divisamos a siete kilómetros Junkers, que en perfecta formación describen una amplia curva para retornar al pueblo a terminar su obra. Pero no consiguen sus propósitos. Ya nuestros «cazas» están allí. Y entonces, sobre el río Tajuña, en el amplio valle, se oye el tableteo de las ametralladoras leales. Al inglés se le ha caído la pipa, pero no le importa. Está asombrado, y grita en su idioma jubilosamente en el instante en que un aparato enemigo cae desmandado envuelto en humo.

—¡Oh, es magnífico, magnífico!—me dice, y sus ojos adquieren un brillo insospechado.

...¿COMPRENDEIS?...

No hace aún media hora que pasábamos por esta calle, por estos campos. Todo está distinto. En derrumbes aporados, las casas han abatido sus muros, volcando sobre la carretera sus ruinas aun vivas. Un mulo yace en mitad de la calle, con la grupa destrozada por la metralla, entre cascotes y tierra removida. La gente, que se dispersó en los primeros momentos, acude presurosa para salvar a las víctimas. Pero tiene que acudir a gran potencia las que se han abierto sobre la carne viva del pueblo, preguntando con estruendo la ira ciega de los asesinos, que no se resignan a la derrota. Aparecen caras desencajadas, atónitas. Un miliciano, lleno de polvo, con la cara ennegrecida de

humo, pregunta a todo el mundo de sangre. Le levantamos el pañuelo negro, y entre los cabellos blancos una herida, que creemos de importancia. Así se lo decimos. —Tengo setenta y cinco años, hijol —No, no sabemos nada. —Y se marcha, buscando, sin mirar por el camino sigue lamentándose, por el camino sigue lamentándose. Bajan los primeros heridos hacia el hospital, en camillas, en colchonetas, se frotan cuatro hombres, mientras los otros gritan su dolor al lado de los heridos.

De una casa frontera a otra, y desde pequeña, como eras da sale una viejecilla con las manos, que te casaría con un pobre —¡Hijo, me han herido, me han herido! —esperaste nada. Criaste a tus hijos y trabajaste todos los días, hora de arrugas diminutas le corre una hora, para ayudar a tu compa-



Corren de las cuevas a sus casas para comprobar aterrizados el saqueo de los italianos. Con la mano en la boca contienen el grito de espanto. Y se van sollozando, entre maldiciones a los invasores. Hay mujeres que no pueden contenerse, y ante el hogar destruido claman a todos los que quieren oírlos:

—¡Mira, compañero, cómo me han dejado mi casita! ¡Canallas! ¡Ladrones!...

ñero a llevar a tu casa el pan escaso de la comida y de la cena. Nunca tuviste alegrías. Sólo dolor y trabajo. Y ahora, cuando ya no puedes trabajar, cuando crees haber adquirido el derecho a morirte tranquila... ya ves, abuela...

Porque sabe que comprende lo que quiere expresar con ese toniquete, me lo repite: «¡Tengo setenta y cinco años, hijo, setenta y cinco!», cuando la dejamos a la puerta del hospital. Al inglés que me ha acompañado, le digo:

—¿Qué pensarías de todo esto lord Plymouth? —Sarcástico, replica: —¡Oh! No está plenamente comprobado. Los heridos, ¿son tales heridos? ¿Las casas...? —Se interrumpe, hace un gesto de repugnancia y vuelve la cara con disgusto.

Juan José MORENO

Los que se quedaron allí...

En las calles estrechas y accidentadas de Brihuega, entre el ir y venir de cientos de soldados, se ven algunos hombres y mujeres del pueblo. Han salido ahora de las cuevas después de nueve días de encierro. Y en sus caras se observa alegría; en sus ojos, amargura...

Ellas, con toquillas y faldas de muchos volúmenes; en la cabeza, un pañuelo, también negro, como toda su ropa. Ellos, con trajes de pana que los años han ido acoplado a las articulaciones de los brazos y de las piernas; en la cabeza, una gorra que esconde siempre unos ojillos vivos y agudos, de campesino español.

Corren de las cuevas a sus casas para comprobar aterrizados el saqueo de los italianos. Con la mano en la boca contienen el grito de espanto. Y se van sollozando, entre maldiciones a los invasores. Hay mujeres que no pueden contenerse, y ante el hogar destruido claman a todos los que quieren oírlos:

—¡Mira, compañero, cómo me han dejado mi casita! ¡Canallas! ¡Ladrones!...

LO QUE ELLOS CUENTAN

El pueblecito, escondido entre montañas y alejado del progreso de los siglos, a pesar de ser cabeza de partido, ha vivido nueve días que la historia de Brihuega. Los que se quedaron allí lo cuentan, con el lenguaje puro de los campesinos castellanos, con refranes y palabras que permanecían también perdidas entre aquellas montañas pedregosas.

—¡Lo que ellos cuentan! ¡Qué podrán contar unos campesinos de Castilla que han tenido que sufrir durante nueve días la invasión de un ejército extranjero? ¡Qué podrán contar estas sencillas gentes de España que han tenido que convivir con militares guiados por un deseo de conquista, con oficiales fascistas...? Se preguntaron ellos:

—Y ¿qué supone el fascismo en los campos de Castilla?

CELESTINO VIEJO, EL MOLINERO DE BRIHUEGA

Es como todos los viejos del pueblo, como todos los viejos de la provincia de Guadalajara. Su cuerpo, atreído por el frío de los años, se rebujaba en una manta de su misma época. Una boina recorta su cara, con tantas arrugas como años.

El molinero de Brihuega es vivo, inteligente. El no tiene la culpa de que no le llevarán al colegio cuando era niño; además, para eso iba al Congreso de los Diputados el conde de Romanones. El molinero de Brihuega ya no va al molino porque no

corría ya la voz de que llegaban los fascistas. La gente huyó a otros lugares. Cerraron sus casas después de recoger sus bártulos y se lanzaron al campo, sin rumbo fijo, por el camino que le alejase del fascismo lo antes posible. Y muy pocas familias que no pudieron escapar a tiempo se refugiaron en las cuevas.

Cuando entró el ejército invasor no los entendían. Hablaban una lengua extraña que no era la española y que ellos no sabían hablar. Los invasores recorrieron todas las calles y todas las casas. Las que permanecían cerradas las abrían a culatazos, diciendo que la casa que estuviese cerrada era de «rojo». Y los campesinos se preguntaban que si «rojos» eran aquellos que hablaban como ellos y eran de España y decentes los otros a quienes no entendían. Pero los italianos no estaban para contemplaciones. Traían a los campesinos como a gente conquistada. Y los relegaron a último término, sin importales para nada que viviesen en las cuevas sin comer.

Mientras tanto, se preparaban para defenderse. Entraron en las iglesias de igual forma que lo habían hecho en las casas de Brihuega. Y las naves se convirtieron en cuarteles, que ahora parecen cuarteles, y las torres en nidos de ametralladoras.

Los pocos campesinos que salían a las calles regresaban a las cuevas inmediatamente, todo asustados:

—¡Las iglesias de Santa María, de San Miguel, el convento de las Jerónimas, de las Bernardas, de San Felipe, de San Juan... están llenos de italianos con mucho armamento!...

Y las viejas, indignadas, se hacían cruces, murmurando:

—¡Después dicen que son religiosos... y se esconden en la torre de la iglesia para matar a los españoles!

NUEVE DÍAS BAJO EL DOMINIO DE MUSSOLINI

El día 9 de marzo el pueblo era nuestro todavía. Pasó la aviación italiana y arrojó cinco o seis bombas; una de ellas cayó en el lavadero, donde estaban lavando las mujeres del pueblo. Allí quedaron enterradas y, muchas de ellas, en compañía de sus hijos.

Destruyeron el lavadero y cuatro casas de «cavernícolas». Siempre que tiran los «pájaros» echan abajo las casas de la «caverna»...

Muchos vecinos del pueblo se fueron a dormir al campo aquella noche. Al día siguiente, por el pueblo



AVIONES SOBRE BRIHUEGA

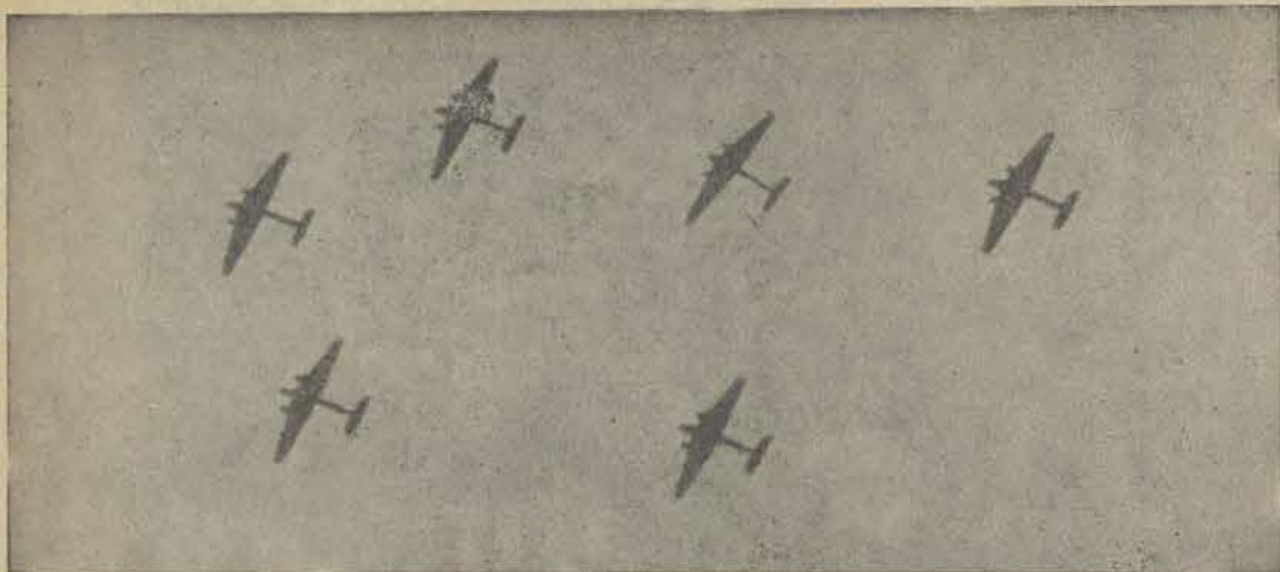
Un día voló sobre Brihuega la aviación republicana. Algunos campesinos que estaban en la calle se escondieron en seguida en las cuevas. Esperaron oír los mismos estampidos que asesinaron a las mujeres del lavadero. Pero el ruido de los motores se fué perdiendo en el espacio, y cuando ellos salieron a la calle se enteraron de que sólo habían bombardeado los cerros de los alrededores, donde estaban los cañones italianos.

A los nueve días de vivir así, nuestras tropas conquistaron el pueblo para España. La gente salió a la calle; algunas vinieron de los pueblos más cercanos y en las estrechas calles de Brihuega se oyó hablar otra vez en el lenguaje de Castilla.

Cuando nos lo estaba contando Celestino Viejo aparecieron sobre el horizonte los aviones italianos. Entonces si que corrió el molinero de Brihuega. Me llevó a su cueva. Y mientras las explosiones de las bombas acudían al pueblo, como un terremoto, este viejo campesino me decía:

—Diga usted que los aviones del Gobierno no tiraron a Brihuega. Sólo han sido estos extranjeros que nos quieren destruir el pueblo. G. O.





HEROISMO DE MADRES

Nadie ha hablado todavía del heroísmo sereno y callado de unas mujeres: las que se separan de sus hijos, las que los mandan a que vivan tranquilos lejos de la guerra.

Busca el fascismo como presa predilecta para sus matanzas, la carne tierna de nuestros niños. Ellos piensan que a un padre enloquecido de dolor será más fácil vencerle, que con los ojos cegados por las lágrimas quizá sea más difícil hacer puntaría.

Las mujeres lo saben, pero muchas se sienten un poco cobardes, un poco atemorizadas, por los horrores del bombardeo fascista, y estrechan a sus hijos contra sí y quieren morir con ellos y no se atreven a salvarlos de la muerte.

Sólo las que tienen temple de heroínas saben desprenderse de sus niños. Yo bien sé los sacrificios que esto

cuesta. Entre todos los dolores de esta guerra cruel, encendida a traición por unos desalmados, los sufrimientos de estas familias deshechas tienen también un lugar.

El padre lucha en el frente, la madre trabaja en la retaguardia; ambos sufren sacrificios, penas y angustias, pero el niño no los debe sufrir. El niño debe seguir con sus juegos y con sus estudios; no debemos turbar las almas infantiles de nuestros hijos con la visión de la guerra. Todas las madres del mundo protegerían el cuerpo de su hijo contra la metralla, poniendo de barrera su propio cuerpo. Pero, ¿y la impresión de susto y de injusticia? No basta proteger el cuerpo de los niños; es preciso proteger sus impresiones también. Para eso, unas mujeres están haciendo más que ofrecer sus cuerpos a la metralla fascista: están alejando a sus hijos de Madrid.

¡Heroísmo de madres! ¡Heroísmo sin límites! ¿Qué mujer le tiene miedo a los dolores del parto? Sólo con ver la carita rosada del hijo, ya están bien empleados. ¿Qué importan los dolores, los sacrificios, las separaciones, si es por el bien de vuestros hijos, camaradas?

El pueblo heroico de Madrid ha dado también mujeres para las trincheras, para las fábricas, para los hospitales.

¡Heroínas todas! Pero entre ellas ha dado también mujeres con los ojos enrojecidos de llorar por sus hijos ausentes, pero con la sonrisa en los labios, pensando en que están lejos, pero están a salvo.

Mujeres que quieren a sus hijos más que a la propia vida, mujeres, heroínas, que silenciosamente dan a la Patria española más que la vida.

Elisa RISCO

DONATIVOS recibidos por el Comité Provincial del S. R. I. de Madrid, del 19 al 25 de Marzo de 1937

Pesetas	Pesetas
Luis Botella 176,55	Batallón núm. 2, 24.ª Brigada 1.275
De un amigo 250	Comité de Control del Hospital de Sanidad Militar número 3 161,20
De otro amigo 10	15.ª Brigada Internacional 1.000
Torpedero núm. 31, de Cartagena 213	26.ª Brigada, 7,5 (mes de diciembre) 231
Giro de un remitente desconocido mandado por el general Miaja 65	26.ª Brigada, 7,5 (mes de enero) 260
Recogido a menores por la Dirección General de Seguridad 358,55	Antonio Guerra, de Murcia 150
Miguel Lloréns 10	62.ª Brigada Mixta, 2.º Batallón, 2.ª Compañía 200
Instituto Nacional de Terapéutica Experimental 151	Depósito Central de Remonta de Somosierra 1.416,50
De un compañero, G. Tabajas, de Guadalajara 490	Batería Francesa Antiaérea 900
Escuela de niños de Peñacosa 32,50	Los compañeros del Parque Santísima Trinidad núm. 5 306
I. R. de Balaguer 386,65	Cándido Gayo 225
Grupo Cervera de Lérida 500	12.ª Brigada Internacional 150
F. E. T. E. de Alicante 5.000	Teodoro Marín 615
31.ª Brigada, 2.º Batallón 4.801,25	Personal "Eclipse", S. A. 29,75
Lluís, de Barcelona 25	Bomberos del tercer parque, tercer turno 52
(Hasta aquí son donativos recibidos por el general Miaja.)	Milicias del Transporte (Parque S. E. I. D. A.) 33,40
Miguel Ortiz 500	Varios particulares 94
3.ª Compañía, Batallón Ametralladoras de Albacete 504,55	Varios Comités de Casas 115
Empleados Sociedad Española Constructora Naval 750	
Empleados de la Casa Almacén Industrial (mes de enero) 160	
Empleados de la Casa Almacén Industrial (mes de febrero) 137	
Jefatura de Intendencia 113,35	

DONATIVOS RECIBIDOS POR LAS SECCIONES (CHAMARTÍN)

72.ª Brigada Mixta de Fortificaciones, 1.ª Compañía Milicias Aragonesas 622

¡Ayudad a las víctimas de la España fascista!

La invasión italiana en España

Desde que los gloriosos milicianos del pueblo iniciaron la campaña de victorias que se vienen obteniendo en el frente de Guadalajara, la atención de todos los que siguen con interés la lucha contra el fascismo invasor está puesta en el mencionado frente. Son tan halagüeñas las noticias lanzadas por la radio y la prensa que uno arde en deseos de convivir con los compañeros que han vivido los combates y oír de sus propios labios la impresión que les han causado las fuerzas mandadas por Mussolini.

Triunfe. Ni una sola casa en pie. Unos vecinos acompañados de algunos milicianos, miran con dolor los restos de sus casas deshechas. Cambiamos unas palabras con ellos y reanudamos nuestra marcha en medio de un fuerte granizo que nuestros milicianos aguantan impávidos con las caras sonrientes.

Más adelante están nuestros valientes artilleros. Nos bajamos a cumplir una promesa que en nuestro anterior viaje habíamos hecho: llevarles unos blocks de papel. Se aproxima a nosotros el teniente, encargado de la batería, compañero Carlos Jiménez, a quien interrogamos acerca de la impresión que les ha causado la huida tan desastrosa de los italianos.

—Magnífica. Nuestro Ejército puede decir con orgullo que ha derrotado

contundentemente a la infantería fascista que ellos consideraban como invencible—es su respuesta.

Otro pueblo reconquistado: Gajanejos. A la entrada hablamos con uno de sus vecinos. Es un viejo campesino que no pudo escapar cuando tomaron el pueblo las tropas italianas. Mientras los extranjeros estuvieron en el pueblo los vecinos estaban siempre esperando alguna desgracia. El primer día abrieron todas las puertas y saquearon las casas. Las muchachas permanecían escondidas, pues algunas de ellas que se atrevieron a salir a la calle intentaban seducirlas.

—Con los italianos, ¿no entraron también españoles?

—Yo no los vi. Sólo se oía hablar "extranjero" y era difícil entenderlos. Ellos hablaban entre sí, pero claro, nosotros aunque los escuchábamos no comprendíamos nada de lo que decían. Unicamente entendimos que para el día 22 pensaban afeitarse en Madrid.

Alberto Agustín es el alcalde del pueblo. Cuando el invasor penetró en el pueblo él estaba allí y tuvo que esconderse, pero lo encontraron. Lo tuvieron detenido dos días, porque los fascistas habían encontrado en su casa una cartera y algunos papeles que uno

de nuestros milicianos había dejado olvidados. Nos habla Alberto de dos compañeros que estaban enfermos en el pueblo y que no pudieron escapar, siendo apresados por los italianos. Les invitaron a saludarles a lo fascista, y



uno de ellos tuvo un arranque viril y levantó el puño. A golpes lo dejaron tendido en el suelo, luego le obligaron a ponerse de pie y sin dejar de martirizarle le dijeron que los tratase de usted. El que llevaba la voz cantante en todo aquello era uno de los pocos españoles que estaban con los italianos.

Cuando estábamos en la conversación nos interrumpe un anciano. Es peón caminero y tiene su residencia en dicho pueblo. "No nos dió tiempo a huir, nosotros ya estábamos en el empalme que sale a la carretera general de Brihuega y la motorizada nos copó. Entonces un matrimonio con sus cuatro hijos y yo nos escondimos en una alcantarilla. Se dieron cuenta, y pistola en mano nos obligaron a salir, preguntándonos que por qué nos escondíamos. Contestamos que era debido a que la aviación nos había atemorizado y fuimos a refugiarnos a este sitio". "Entrega la pistola", me dijeron. "No tengo, sólo llevo una navajita pequeña". Me cachearon, me quitaron toda la documentación y un

mechero. Nos preguntaron de qué pueblo éramos, y al decirles que de éste nos mandaron volvernos, advirtiéndonos que debíamos ir en grupo, no fuera a suceder que nos tomaran por espías si íbamos uno a uno. Era de noche y no podíamos percibir mucho; sin embargo, me pareció ver un escuadrón de caballería. Nosotros ya íbamos decididos a que nos mataran."

Así transcurrieron ocho días. Una noche vino la desmoralización: sin saber por qué, los italianos nos decían: "rojos valientes, rojos ser muy 'fortes', un rojo valer nueve italianos. Nosotros muchos muertos, muchas bajas, rojos no tener ninguna. Nosotros tener 30 aviones, rojos tener sesenta y tantos, muchos, muchos. Rojos ser más fuertes que nosotros."

Otros vecinos nos afirman el pensamiento de los fascistas al entrar en el pueblo. Si tomaban Cogolludo, a los cuatro días estarían afeitándose en Madrid. Luego vieron que era difícil, y ellos mismos decían: "No poder porque rojos tener muchos cañones". "Nosotros no querer guerra, nosotros partir Italia".

CRESPO

A los combatientes del frente de Madrid

El S. R. I., Grupo Luis Companys, ha establecido un Servicio de enlace Madrid-Valencia-Barcelona, que pone a disposición de todos los combatientes del frente de Madrid y de sus familiares y también de todos los afiliados al S. R. I., encargándose gratuitamente del transporte de paquetes, cartas, metálico y de encargos o gestiones con fines adecuados a nuestra Organización.

SERVICIO DECENTAL

MADRID. ... Salida: 10, 20 y 30 de cada mes.

BARCELONA. Salida: 5, 15 y 25 de cada mes.

En Madrid: S. R. I. Luis Companys, Príncipe, 23, 1.ª — Valencia: S. R. I., calle del Socorro Rojo. — Barcelona: Delegación S. R. I. Milicias Catalanas, Paseo de Gracia, número 36, 1.ª

El Camino de la Solidaridad

REVISTA EXTRAORDINARIA SOBRE LAS ACTIVIDADES DEL SOCORRO ROJO DE ESPAÑA

Una magnífica publicación en huecograbado, ilustrada con fotografías, dibujos, estadísticas y documentos sobre el terror fascista. Cuarenta páginas dan a conocer a todos los grandiosos trabajos de solidaridad realizados por el S. R. I. antes y después del levantamiento fascista.

El esfuerzo gigante de octubre del 34 para salvar a los perseguidos, ayudar a los presos y conseguir la amnistía; la Sanidad y Abastecimiento organizados después del 19 de julio; los hospitales, Sanatorios, Hogares infantiles, Casas de Evacuados, toda la ayuda generosa prestada por el S. R. I. a los combatientes de la Libertad y a sus familias. Precio del ejemplar: 30 céntimos. De venta en todos los Comités del Socorro Rojo Internacional.

Pedidos: Comité Ejecutivo del S. R. I.—Montornés, 1.—Valencia.

Concurso de reportajes

Con esta fecha abre el semanario AYUDA un Concurso de reportajes, sobre las siguientes bases:

1.º Los trabajos serán originales y verídicos, y versarán sobre uno de estos tres temas: a) Vida, ambiente y hechos de guerra de nuestros combatientes (reportaje épico); b) Sacrificios y sufrimientos de nuestros compañeros en campo fascista (reportaje de terror); c) Trabajo, ayuda y solidaridad de la retaguardia (reportaje social).

2.º Cada original constará de ocho a doce cuartillas a máquina, a dos espacios, y vendrán preferentemente, aunque no necesariamente, ilustrados.

3.º Los materiales se enviarán al redactor-jefe de AYUDA, Abascal, 21, Madrid, o a Montornés, número 1, Comité Ejecutivo del S. R. I., Valencia, firmados con un lema; adjunto se remitirá un sobre cerrado, en que vaya

escrito el mismo lema, conteniendo el nombre y señas del autor.

4.º Se establecen diez premios: uno de 150; otro de 100; otro de 75; otro de 50, y seis de 25 pesetas.

5.º Los materiales que la Redacción de AYUDA considere dignos de optar a cualquiera de los premios, o que sean simplemente publicables, irán apareciendo en este periódico a medida que se reciban.

6.º El Jurado podrá declarar desierto cada uno de estos premios, caso de que los trabajos recibidos no correspondan, por su calidad o por su carácter, a las bases del Concurso.

7.º El Concurso se considerará cerrado el 20 de julio de 1937, y el fallo recaerá igualmente sobre trabajos publicados que por publicar. Inmediatamente después de esta fecha se procederá a la distribución de los premios.

UN PRISIONERO



Lucietta le había comunicado en su carta que la cuestión de los plazos no se decidía a resolverla ella, y que guardaba el dinero en la Caja Postal hasta que él regresara, porque no había bastante todavía. ¿Era que no los pagaban? Se hacía preciso reunir más, porque el casero no quería reconocer que Peppino, por su propio esfuerzo, había abierto una ventana en la alcoba—¡era tan infecto el local!—y exigía el pago completo de la anualidad. Y el que había adelantado el dinero para las simientes no quería oír hablar de prórrogas. Era hombre de negocios, y no tenía por qué preocuparse de misiones conquistadoras. Además que no le inspiraba demasiada confianza la Administración nacional. ¡Estaba al tanto de los asuntos! Y Lucietta le consultaba qué debía hacer, y le apremiaba a ver si podía mandarle "algo más". También le hablaba del orgullo que había sentido cuando Giovannino, que se encontraba herido en el Hospital de Caserta, le refirió cómo quedaba su caro maritto en la España "nacionalista".

Peppino no comprendía bien que su mujer sintiera orgullo porque él se encontrara en España. Desde luego, Peppino era, oficialmente considerado, lo que se llama un "héroe". Esta era, sin duda, la razón por la que Lucietta podía envanecerse ante Giovannino. Claro que si no hubiera sido por lo de los plazos él no hubiese adquirido aquel título que le otorgaba el fascismo con la misma naturalidad con que le había proporcionado la escudilla. Pero ¡el maldito usurero que le le chupaba la sangre!... En fin, ¡con tal de que esto terminase pronto y él pudiera regresar a Orsogna!... ¡Siquiera antes de que naciese aquel bambino

para quien su mujer le recomendaba que se pensase en un nombre bonito.

¡Hacia tanto frío en estos campos duros de la Alcarria!... La ropa se le pegaba a la piel y le transmitía una humedad que le llegaba hasta los huesos. Y su indumentaria no era la más apropiada para resistir los rigores de la temperatura. Además, Peppino echaba de menos a sus paisanos, aquellos otros "voluntarios" que llegaron con él y que fueron conducidos a otros frentes o cayeron definitivamente, sin que su "heroísmo" fuese registrado en ninguna parte.

Una voz áspera, hiriente, le sacó de su ensimismamiento. El recuerdo de la mujer y de la casa tenía que ser relegado en su imaginación para que lo suplantara el pensamiento del "heroísmo". Peppino volvía a ser un "voluntario" a las órdenes de aquellos oficiales del ejército de su país, tan soberbios y tan espectaculares. Estos le comunicaban que debía sentirse dichoso porque el "Gran Condottiero" expresaba la satisfacción que le producía la actuación de las tropas de que él formaba parte.

La imaginación del "héroe" le traicionaba, y su sensibilidad iba de acuerdo con su imaginación. ¿Cómo sería este "Gran Condottiero"? Porque a Mussolini le había visto en varias ocasiones cuando las famosas paradas que se solían celebrar en Italia. Y siempre le habían inspirado una medrosa admiración su ademán altanero, el tono de su voz y la violencia de sus palabras. Además, era el "Jefe" de su país; era italiano como él. Pero ¡este otro!... ¿Qué le importaban a él las felicitaciones que les mandaba? ¡Si Lucietta, al menos, lo hubiese escuchado! Ya se

sabe que las mujeres se envanecen por cualquier cosa.

¡Los "rojos"!

Un agudo escalofrío recorrió su epidermis, y tuvo la sensación de que le despegaban la carne de los huesos. Allí estaba "el enemigo", "su" enemigo. Y todos los horrores que la perversa imaginación de sus oficiales había atribuido a los "rojos" eran rememorados por él en aquel instante, haciendo derrumbarse el "heroísmo" de que le habían provisto. ¡Allí estaban los "rojos"! Pero ¿esto era posible? ¿No le habían asegurado que las operaciones a realizar serían un simple paseo militar, en el que no se corría ningún riesgo? ¿No eran los jefes y oficiales del ejército italiano, aquellos "invencibles" militares que "conquistaron" para Roma el Imperio abisinio? ¿No habían venido a España a "ganar" también este territorio para el nuevo "César"? ¿Y corrían? ¿Corrían ante el empuje de los "rojos"?

Sus compañeros le invitaban vehementemente a que se entregase con ellos. No había escapatoria posible. Y entregándose, acaso...

Nuevamente el estremecimiento sa-



dució a Peppino. ¿Entregarse? ¿Qué haría con ellos el "enemigo"? ¿Cómo los tratarían estos "rojos", contra los que él no tenía nada personal, pero de quienes tales cosas se referían?

Sus compañeros lo arrastraron. Y como no tenía ya voluntad, como la sorpresa que le causara aquel acontecimiento insólito de la huida de sus jefes, de la derrota del "Duce"—¡cómo pronunciaba él esta palabra hasta un momento antes!—, se dejó llevar. Nunca se borraría de sus ojos miopes la mirada que minutos después le dirigió el soldado español a quien entregaron sus armas y sus pobres cuerpos ateridos, desnutridos, agotados. Cuando trató de interrogarle, Peppino, con la carta de Lucietta oprimida por sus dedos crispados, descompuesto, delirante, le gritó únicamente:

—¡Mi mujer va a tener un hijo, y

el de los plazos no quería esperar!

Las pupilas del soldado español fundieron entonces el "heroísmo" del pobre hombre. Y a través de la corteza que la miseria y la ignorancia habían formado en él, brotó un sentimiento de dignidad humana. Sintió vergüenza. Su palidez fámélica se tiñó de rojo.

El soldado español le contemplaba ahora de modo distinto. Y le decía: —¡Tranquilízate! Nosotros podemos disculpar a los camaradas enga-

ñados.

Peppino fue sincero: —Yo sabía que venía a España. —Pero no contra quién venías a luchar. Te dijeron que éramos los "rojos" gentes sin conciencia y sin ideal. ¿No es esto?

—Sí, eso es. Vosotros pasabais entre nosotros por ser enemigos de Italia y de Europa. ¡Por no querer ni a la familia siquiera! ¡El "Duce" os odia!

—Y tú crees que ese miserable dictador no se equivoca nunca, ¿verdad?

Por primera vez escuchaba Peppino hablar así del tirano de su país. En Orsogna sólo se murmuraba entre las personas de una misma familia y en el más riguroso secreto. El sigilo era imprescindible para opinar sinceramente sobre el hombre de las palabras violentas. Y al escuchar ahora a este combatiente, escudriñaba aterrado en derredor suyo por si la Policía los espía. Cuando reaccionó, repuso simplemente:

—La verdad; creía que no se equivocaba.

—Pero también te dijeron que nosotros te mataríamos sin escucharte siquiera. También te aseguraron que llegarías a Madrid sin disparar un tiro.

—Sí. Esto no es lo que nos prometieron.

—¿Qué deseabas tú?

—Pagar los plazos. Y que Lucietta estuviera bien para cuando nazca el hijo.

—¿No querías una anexión territorial para tu país? ¿No deseabas su engrandecimiento a costa nuestra?

—¿Para qué? ¡Yo no voy a tener más de lo que tengo!

—Pero tú fuiste a Abisinia.

—No; entonces no me alisté. No me apremiaban los plazos.

—¿No eres fascista?

Peppino miraba de nuevo hacia los lados para asegurarse:

—Allí todos tenemos que ser fascistas.

—¿Nos odias mucho?

—¡Me habían dicho tantas cosas!...

—¿Y ahora?

Peppino enrojeció de nuevo. Contempló en silencio a aquel hombre tan comprensivo y tan cordial, y confesó en voz baja:

—Nos utilizan de mala manera. ¡Nos han engañado!

—Tú también te engañabas, compañero. Tú también fingiste una idea que no sentías, y estabas dispuesto a

terminar con nosotros para pagar tus plazos.

—No sabes lo que angustia saber que te impiden hasta el respirar si no pagas. Cuando te amenazan no piensas en nada. Ya ves. Es verdad eso.



que dices, pero también lo es que me podáis matar a mí, y que estoy pasando hambre y frío, mientras el hijo puede venir sin que yo lo vea nunca más.

—Yo estoy aquí, y moriría gustoso, porque mi idea, la de todos los españoles dignos, triunfe sobre el horror que queráis imponernos. Con tal de vencer, no pienso en nada más.

—¿Tienes hijos?

—Sí. Y para que ellos vivan una vida mejor que la que nosotros vivimos (¡tú sabes de eso!), luchó con todo mi entusiasmo, con todas mis fuerzas.

—¿Eres comunista?

—Soy antifascista.

Se miraron en un silencio largo. El "rojo" lo cortó diciendo:

—Ponte esas botas y échate este capote. Y anda a comer.

—No te puedo contestar nada, compañero. Me da vergüenza. ¡Ni yo mismo me entiendo ahora mismo!

—Estás comprendiendo en este instante todo el horror de tu egoísmo y de tu ignorancia. ¡Porque sólo por ignorancia puede un trabajador caer tan bajo!

—Quisiera agradecerte estas cosas. Pero te repito que me da vergüenza. Lucietta me cree un héroe, ¿sabes?—y reía sarcásticamente—. ¡Si te conociera!

—Yo no soy un héroe, camarada. Soy un combatiente antifascista.

Peppino, empujado y emocionado, sintió que un ataque de ira le acometía súbitamente. Su primer acceso de rebeldía. Y apretando los puños bajo el capote, gritó obstinadamente, desesperadamente, volviéndose hacia el lugar por donde habían corrido sus jefes:

—¡Canallas! ¡Canallas! ¡Canallas!

ROSARIO DEL OLMO

OSELITO miliciano



LA GUARDIA DE OSELITO

I

—Esta noche—afirmó Oselito—podéis dormir tranquilo. Me voy a colocar fuera del parapeto, y enemigo que venga, ¡pum... pum... pum! ¡Ni se vai a enterar siquiera!



II

Efectivamente. Oselito, con valor frío—estaba en Guadarrama—, montó su guardia fuera de las trincheras, mirando serenamente la oscuridad inquietante de la Sierra.



III

A media noche unos gritos terribles despertaron a los milicianos. Era Oselito.

—¡Mi teniente!—gritaba—. ¡Mi teniente! ¡Aquí tengo un prisionero!

—¡Súbetelo. ¡Súbetelo enseguida!

—¡Si no me suelta!—respondió Oselito, muy enfadado.



PRISIONEROS ITALIANOS

En el frente de Guadalajara hemos hablado con ellos. En sus rostros no se veía miedo ni temor. Hablaban con franqueza, con la confianza con que hablan todos los soldados italianos que están prisioneros en nuestras filas.

CUATRO..., TREINTA Y SEIS..., DOS-CIENTOS PRISIONEROS...

Cuando aún no había avanzado una docena de kilómetros el Ejército regular del «Duce», cuatro soldados italianos estaban ya ante nuestro Estado Mayor. Eran los primeros prisioneros en el frente de Guadalajara. El sargento y los tres soldados hablaron del número de tropas italianas en la Alcarria. Antes habían hablado de la calidad del Ejército extranjero, los cañones y las ametralladoras modernas traídas a España en barcos de guerra italianos. El primer empujón de los invasores hizo retroceder a nuestras tropas, que no esperaban un ataque de tal envergadura.

Pero el contraataque del Ejército del pueblo español ha sido tan formidable, que han caído en nuestras manos cañones italianos, ametralladoras tanques... Y con ellos, soldados y más soldados. Primero una compañía de ametralladoras al mando de un comandante, un teniente, un suboficial, un sargento y treinta y dos hombres. Se perdieron en la noche oscura y fría de los campos de Guadalajara. Se acercaron demasiado a nuestras líneas y después explicaron en la Comandancia que quienes habían ordenado la retirada eran jefes de «camisas negras» que desconocían la táctica militar. Después..., otros muchos soldados italianos vinieron a nuestro campo. Doscientos, trescientos, cuatrocientos..., en retiradas vergonzosas para Mussolini, en huidas desmoralizadoras para todas las Divisiones de Bergonzoli.



LA HISTORIA DE TODOS ELLOS

Se ofrecieron a Mussolini para trabajar en el África Oriental. Después los han enviado a España, y ya aquí han dejado correr la suerte. Al principio, los prisioneros italianos creen que los vamos a matar. Una propaganda sistemática de años y años les hace sentir escalofríos cuando se encuentran entre las tropas «rojas». Pronto ven lo contrario. Nuestros soldados les abrazan, nuestros oficiales les respetan. Y ellos se encuentran como en su casa, aunque allá lejos hayan dejado a la familia. El recuerdo de ella es lo que les pone tristes. Los prisioneros se ofrecieron para empujar la herramienta y luego cogieron

los fusiles, en cambio, para que comieran sus padres, sus mujeres y sus hijos. Y lejos de Italia piensan en los que se quedaron esperándoles. A veces estos pensamientos se convierten en confidencias; a veces, en ansias de hablar y hablar de aquello para aturdirse. Y ahí encontramos historias y vidas de prisioneros que forman la historia y la vida triste del pueblo italiano bajo la dictadura negra del «Duce».

EL ITALIANO QUE TRABAJO EN VARIOS PAISES, MENOS EN ITALIA

Angelo Carmucci es un soldado enviado a España por Mussolini. Cuando niño emprendió el camino de muchos italianos hambrientos: América. Allí vivió muchos años con su familia, y cuando ya sus brazos eran fuertes para el trabajo, los ofreció en los puertos más importantes de Suramérica.

El ambiente era todavía reducido para el joven italiano. El quería vivir más, conocer mundos, países, historias. Soltó las amarras que le sujetaban a los puertos americanos y vino a España en un barco mercante. Desembarcó en Málaga y despidió el barco que lo trajo a cambio del esfuerzo de sus brazos. Llegó aquí en el año 1930 y se fue cuatro años más tarde, después de recorrer muchos puertos del Mediterráneo. En todos ellos encontró trabajo y nunca sintió la crueldad del paro prolongado meses y años.

España era ya poco para Carmucci, y se trasladó a Francia. Unos meses más trabajando en Marsella, hasta que de otro salto se presentó en la patria que abandonó cuando era niño.

Por referencias lejanas, por los periódicos, por conversaciones con compatriotas perdidos en los caminos del mundo, Angelo Carmucci sabía que Italia vivía bajo una dictadura negra, que había paro, que el pueblo era misero. Pero como él había encontrado trabajo en América, en España y en Francia, lo encontraría también en su patria.

No se desengañó hasta muy tarde. El vagabundeo de un lado para otro le fue convenciendo poco a poco, y después de recorrer muchos puertos y ofrecerse para otros trabajos que nunca había hecho, Angelo Carmucci comprendió que su única salida en la Italia de Mussolini era el Ejército. Durante algún tiempo se instruyó en el manejo de la bomba de mano, de la careta antigás y el fusil. A medida que la disciplina férrea de la dictadura negra iba calándole hasta los huesos, olvidaba el oficio de marino. Algún tiempo más tarde Mussolini lo creyó ya capacitado para ofrecerle otra solución: la guerra en España. Y aquí vino como soldado de Infantería del Ejército regular italiano.

EL CAMINO DE LOS SINTRABAJO ITALIANOS

En compañía de varios millares embarcó en Cerdeña a bordo de un buque mercante. Y en el frente de Guadalajara fue hecho prisionero por soldados españoles. Angelo Carmucci me dice que odia la dictadura fascista que oprime a su pueblo y lo lleva engañado a la guerra. Desde niño abandonó su tierra, y cuando volvió

era ya hombre. Del poco tiempo que ha vivido allá sólo conserva una barba a lo Italo Balbo y una mirada cruzada que aprendió de los «camisas negras». Está a gusto entre nosotros y se alegra que haya salvado la vida en tierra española. Así podrá ver el desmoronamiento del Estado corporativo, y con ello volver a los puertos de Italia a trabajar en su oficio, que, por culpa de Mussolini, lo ha olvidado para hacer una guerra que no le interesa.

CAMAGNI FELICE, SOLDADO «VOLUNTARIO» DE CUARENTA Y TRES AÑOS

Hace dos meses y medio, Camagni Felice está en España empujando las armas que trajeron los barcos italianos a nuestros puertos. Este sí es un «voluntario» del Ejército italiano. Lo es a pesar de tener cuarenta y tres años y una mujer y cuatro hijos hambrientos en Italia.

Felice es un tipo alto, seco, huesudo. La cara, flácida y sin afeitar; los pelos, blancos y ralos, hablan de años y de sufrimientos. Tiene un mirar cansado, de hombre agotado. ¿Cuál es la historia de este soldado del Ejército regular italiano, que tiene cuarenta y tres años y lucha en España bajo las órdenes de Bergonzoli? Felice la cuenta con amargura, como lo hacen todos los prisioneros. El no quisiera oír hablar más de guerra, sino trabajar. Su oficio es carpintero. Pero

hasta que no pudo resistir ni un día más la inactividad y se ofreció para trabajar en Etiopía.

LA EXPEDICION QUE EQUIVOCO SU RUTA

Tuvo que esperar muy poco tiempo. Un día, la familia de Felice recibió un oficio del Estado fascista llamándole para que se incorporara a una expedición que tenía que salir para África. La alegría inundó el hogar; unos besos y unos abrazos a la compañera y a los hijos y una promesa de enviar dinero en seguida, fue lo último que Camagni Felice hizo en su hogar. Con otros muchos italianos, entre los cuales no había diferencia de edades, ni de estaturas, ni de miseria, embarcó en un buque mercante destinado al puerto donde antes desembarcaban diariamente los soldados italianos. Pero el barco equivocó la hoja de ruta, y un día la costa española ofreció su belleza a los extranjeros. Pisaron nuestra tierra en Cádiz, y de allí, por las ciudades y los pueblos sometidos a unos españoles traidores, los italianos emprendieron el camino de España adentro. Al principio, Felice se sobrecogió; él no quería la guerra. Pero en Córdoba los uniformaron y los armaron, y en tierras de la Alcarria las pistolas de los oficiales italianos le hicieron disparar los primeros tiros contra un enemigo que él no conocía.

Felice no quería la guerra. En su cabeza, el toniquillo se había repetido



desde hacía mucho tiempo en Italia no encontraba trabajo. No le valió para nada el afiliarse al partido fascista. Ese camino lo habían recorrido ya muchos, como última solución. Por eso, cuando Felice iba con su carnet a pedir trabajo, se encontraba también con la misma contestación que recibieron los otros.

Vino la guerra de Abisinia, y Felice, aunque no quería guerra, vio en ella una esperanza. No en vano Mussolini y todos sus propagandistas se desgañitaban haciendo ver la felicidad del pueblo en la conquista de Abisinia. Felice siguió la campaña, ansioso de que terminara cuanto antes para poder ir a trabajar a Abisinia. Se sentía feliz cuando pensaba en aquello y todavía acariciaba el carnet fascista, que le iba a abrir las puertas de África. Los meses pasaban y el avance de fuego y de sangre del Ejército invasor entraba poco a poco en tierras etíopes. Felice, que seguía la guerra a través del Ministerio de Propaganda, pensaba constantemente en la nueva tierra de promisión que el «Duce» ofrecía a Italia.

Cuando Mussolini salió al balcón de la plaza de Venecia, de Roma, Camagni Felice estaba allí con su mujer y sus cuatro hijos, formando parte de aquella muchedumbre enardecida de millares y millares de italianos. Entre gestos teatrales y voces rimbombantes, la multitud oyó que Abisinia era ya de ellos. Y Felice se sintió alegre, porque podía ya trabajar en su oficio de carpintero. Para estar más tranquilo, esperó algún tiempo a que se apaciguase la nueva tierra prometida,

tantas veces como llamamientos hizo Mussolini a los italianos para que fueran a Abisinia. Por eso, cuando el Ejército español atacaba fuerte en Brihuega, Felice no corrió. En una casa esperó la llegada de aquellos que decían eran sus enemigos. No quería luchar, no quería luchar... Tenía una mujer y cuatro hijos y prefería, ahora más que nunca, ser prisionero, como lo fue en la guerra europea.

CUANDO CAYO PRISIONERO LA OTRA VEZ

Por eso, el italiano Camagni Felice no quiere la guerra. Tuvo que hacerla también a la fuerza en el año 1914. Entonces era joven: ¡veintitrés años!, pero igualmente defendía una cosa que no le interesaba. En un combate tan duro como éste de Guadalajara cayó prisionero de los austriacos en el Trentino. En un campo de concentración estuvo dos años y medio, y cuando terminó la guerra volvió a Italia. Trabajó de carpintero y se pudo crear un hogar y una familia. Vino la marcha sobre Roma, y con ella la desgracia en el joven hogar. Pronto se conoció allí el paro y la miseria. Pasan los años y los años, y otra vez se repite la historia de Camagni Felice. Pero ahora tiene una mujer y cuatro hijos en la Italia hambrienta.

El no me lo ha dicho, pero cuando me habla, yo leo en sus ojos apagados por las fatigas una maldición para el que le ha llevado de esta forma a tierras españolas.

García ORTEGA
ESTATALES